

De oceanografía física y sociológica.

¡Y aun dicen que el pescado es caro!

(SOROLLA)

—Hoy viene en los papeles
que se han ahogado
diez pobres marineros
en Machichaco.

—¡Y habrá en el mundo
quien diga que se vende
caro el besugo!

(De «El Libro de las Montañas», de
D. Antonio de Trueba)

MUCHOS, muchísimos años antes que el insigne Sorolla pintase la escena de pesca que tan profundamente conmueve, induciéndonos a repetir la sentimental frase con que el genial artista la bautizara, se había consolidado nuestro inmortal poeta, el bondadoso Trueba, de que hubiera gentes a quienes pareciese caro el pescado.

Y es que verdaderamente ya lo hemos dicho muchas veces—y no hemos de entrar en nuevos detalles—la vida del pescador no puede llamarse vida. Esa agitación y zozobra continuas sin experimentar apenas goce material alguno, constituye un vivir peor, cien veces peor, que el del mísero marinero de los pequeños buques de vela; más penoso y de mucho mayor sacrificio que el del religioso de Orden más severa. Y como final de esa vida de privaciones y de apartamiento del resto del mundo, una traidora galerna que, apenas se inicia, se desarrolla con fuerza violentísima cuando el pescador está más imbuído

en su penosa faena, o un golpazo de mar cuando va en busca del puerto que le proporcione un relativo descanso, hacen zozobrar la embarcación y arrojan a la playa los espantados cadáveres de quienes, momentos antes, fuertes y robustos, soñaban con la felicidad doméstica.

¡Pobres pescadores! Es cierto que la noche está muy avanzada y que entre su obscuridad se apercibe el blanquizar de las rompientes que cierran el canal de la barra; parece un poco temerario acometer la entrada en tales circunstancias; pero los miembros fatigados buscan reposo; el noble corazón ve los brazos abiertos y anhela las prolijas atenciones de la esposa amante y las caricias tiernas de los hijos que le esperan; y el pescador que en el torbellino de su vida, en lucha con el mar o discutiendo en el muelle o en la taberna las maniobras realizadas o a realizar, sólo siente la felicidad bajo el techo del hogar querido, observa que las rompientes no son continuadas, que dejan *eletías*, y, como él sabe apreciar y aprovechar tales intervalos de quietud en la canal conocida, decidese a acometer la barra tomando las debidas precauciones. Pero ¡ay! que la mar, que no se sujeta a reglas, levántase inesperada en ola enorme en el crítico momento en que el vapor aboca, y cogiéndole un tanto atravesado, le derriba, y después de jugar, cruel, con los naufragos, los va sepultando, uno a uno, en su abismo tenebroso, para devolverlos pronto a la superficie, haciendo ostentación de los efectos de su poder siniestro ante las gentes congregadas en los muelles.

«¡Si hubiese habido puerto!», exclamaba el cronista de *La Voz de Guipúzcoa* al darnos cuenta, días pasados, de este naufragio de Fuenterrabía. Es verdad; si hubiese en Fuenterrabía un malecón que contubiese a la mar del NO.; si se hubiesen construido los puertos de refugio general proyectados desde hace tanto tiempo; si la rada o bahía de Guetaria estuviese cerrada por muelles desde que se convino en que fuese uno de los principales puertos de refugio de esta costa; si en el puerto de Pasajes se hubiesen realizado las obras exteriores que reclaman su sondaje y su extensión y situación para convertirlo en uno de los puertos más seguros y cómodos del mundo; si, en una palabra, no viésemos de espaldas al mar, ¡cuántos naufragios se hubiesen evitado! ¡cuántos infelices que sufrieron la muerte horrible del ahogado, se hubieran librado de ella!

No hemos de remontarnos a tiempos por nosotros no vividos y recordaremos solamente los de nuestra época. Desde que los buques de

vela, que corrían casi a palo seco los furiosos temporales de esta costa, se dirigían, a la desesperada, a la barra de Bilbao por temor a la costa guipuzcoana, cuyos puertos de refugio de Guetaria y Pasajes estaban ya en proyecto, pero no pasaban de tal estado; desde la terrible hecatombe del Sábado de Gloria de 1878, que costó la vida a trescientos pescadores, se ha escrito, se ha hablado en todos tonos, desde el púlpito, desde el Parlamento, en el seno de los Ayuntamientos y Diputaciones, en reuniones populares, pidiendo reformas para aminorar tanta desgracia, dando alguna seguridad a esos industriales del mar, dignos de mayor atención, pero poco o nada práctico se ha conseguido.

En cuanto a puertos se refiere, seguimos como estábamos, si bien parece que el de Guetaria, como puerto de refugio para lanchas y buques de relativamente reducido tonelaje, será pronto una consoladora realidad, aunque para ello haya sido preciso que un guipuzcoano que ocupa dignamente alto puesto en la política imperante, el Sr. Calbetón, haya puesto toda su actividad e influencia en coronar lo que él y otros, dignos también de gratitud, venían gestionando para vencer la resistencia que, año tras año, impedía ejecutar esa obra de interés general. Con bien pocos millones podría colocarse a los puertos de Pasajes, Deva y Bermeo y aun el de Fuenterrabía, en situación de prestar grandes servicios a los pescadores de nuestra costa, impulsando a la vez la navegación costera y trasatlántica, aportando nuevos elementos de riqueza que compensarían con creces a la nación y a las provincias de los gastos que hagan o hiciesen en la construcción o mejora de esos puertos.

En la «Ley para la seguridad de la pesca en el Norte y Noroeste de España», recientemente sancionada, se dictan disposiciones que tienden a evitar o atenuar catástrofes como las que tan a menudo lamentamos entre nuestros pescadores, y nos es grato ver que están de acuerdo con el criterio de las Comisiones del Cantábrico que fueron últimamente a Madrid y con el de los Cuerpos Colegisladores, algunas ideas que hace años emitimos en *La Voz de Guipúzkoa*; por ejemplo, la de establecer Observatorios meteorológicos y unirlos por telégrafo o teléfono entre sí y con el nuestro del monte Igueldo. Yo, que aprecio y respeto al estudioso P. Orcolaga, no estuve conforme con él cuando no consideraba necesaria la creación de esos Observatorios del Oeste, aunque luego modificó sus ideas; y sin datos ni conocimientos suficientes para comentar sus explicaciones teóricas recientes respecto a la

formación y procedencia de los temporales que azotan nuestra costa, supongo que a pesar de ellas, estará conforme con la redacción que han dado al artículo 1.º de esa Ley.

Aceptamos la afirmación formulada por el Sr. Orcolaga, porque la demuestra él sabiamente y porque en la práctica lo hemos experimentado, de que «es un error creer que todos los temporales que abordan a nuestro litoral sean experimentados primeramente en las costas de Galicia y vengán recorriendo sucesivamente las de Santander, Vizcaya y Guipúzcoa», y añadimos por nuestra cuenta que todos los marinos que frecuentan el Cantábrico saben también que sucede muchas veces que, viniendo por Galicia con tiempo duro y cerrado, se encuentra tiempo más bonancible al doblar el cabo Peñas, y aun buen tiempo al montar el cabo Mayor de Santander. Pero ¿puede dudarse de que, sin perjuicio de sostener y aun mejorar el Observatorio de Igueldo y de establecer otro u otros regionales, ha de ser un factor importantísimo para la predicción del tiempo las noticias recientes que se tengan de Finisterre, Coruña, Gijón y Santander? Quiero decir para la predicción de los *temporales*, que tanto interesa a los pescadores y marinos en general; pues en cuanto a las galernas se refiere, su formación y estallido suelen ser tan simultáneos, que solamente con una atenta observación y larga experiencia podrá el meteorólogo local predecirlas con pocas horas de anticipación.

Ahora que lo principal para mejorar la suerte de los pescadores está legislado, debemos esperar de esos señores de la Sociedad de Oceanografía de Guipúzcoa, que por ellos y por hacer el bien se sacrifican, continúen alerta y perseverantes hasta que se lleve a la práctica lo que esa ley preceptúa. No hay duda que es ardua la labor que se han impuesto y que han de revestirse de fuerte coraza de paciencia y abnegación para introducir ciertas modificaciones, y sobre todo para establecer la unión necesaria al provechoso funcionamiento de los Montepios, Cooperativas, etc., pues aunque hallarán ayuda en mucha gente de mar sana e inteligente, tendrán quizás que soportar sinsabores y aun odios engendrados en quienes no se avienen a cambiar la postura rutinaria o estimulados por quienes pudieran tener interés en sostener el actual estado de cosas; pero como la verdad y la buena fe abren brecha más o menos pronto, resaltarán al fin las ventajas de la buena organización y el desinterés y cariño de los organizadores.

Débil es mi voz y por eso resuena poco; pero a mi constancia de

más de treinta años, aprovechando los ratos que mi profesión me ha permitido, en poner mi pluma y mi sincera palabra al servicio del mejoramiento de la vida de los tripulantes de lanchas de nuestra costa y a evitar sus naufragios, la ha premiado Dios haciéndome creer que, cuando trato estos asuntos, tengo lectores entre las gentes de buena voluntad, y otorgándome la satisfacción de haber llegado a ver—gracias a altos y generosos refuerzos que acudieron—radicalmente modificado cierto servicio, del que me ocupaba mucho porque daba anualmente contingente de una o dos tripulaciones a la triste estadística de náufragos del Cantábrico.

Como punto final, y no el de menos interés, si alguno tuviese este escrito, formularé al dignísimo señor Comandante de Marina y a la humanitaria Sociedad de Salvamento de Náufragos, la misma pregunta que hice al ocuparme del siniestro del último mes de Agosto: «¿Llevaban chalecos salvavidas los tripulantes del *Constantino Chiki*? Nada dijo de ello nuestra prensa al relatar el naufragio y es de suponer, por tanto, que no los llevaban. Pues es muy sensible, y debe obrarse con mano dura contra los refractarios a ir provistos de tales prendas de salvamento. Debe suponerse que, dada la cercanía a tierra del lugar del naufragio, si los tripulantes de aquel vaporcito hubieran vestido los chalecos antes de meterse entre las rompientes, se hubiesen salvado todos o casi todos por sí mismos o ayudados por quienes corrieron en su auxilio.

Enero—1913.

JULIÁN DE SALAZAR

